

BOLIVAR NO FUE VOLTERIANO

Escribe: MIGUEL AGUILERA

Al comentar la personalidad religiosa de Bolívar, se refieren algunos escritores a la influencia filosófica que sobre su inteligencia ejerció el enciclopedista Voltaire. La frecuencia con que se cita este nombre me ha inducido a indagar cuidadosamente el fundamento de aquella afirmación. Lo he hecho sirviéndome de las exposiciones epistolares y públicas recopiladas en multitud de libros ofrecidos hasta hoy. El esfuerzo no me ha resultado baldío, pues he adquirido la convicción de que el Libertador no solo se mantuvo al margen de aquella influencia antirreligiosa, sino que en diferentes ocasiones, luchó ásperamente por preteger las instituciones políticas y sociales de Colombia contra la acción disolvente de las teorías del renegado de Ferney.

Es cierto que el héroe no pudo sustraerse a la manía en boga de consultar el Diccionario Filosófico de Voltaire. Más no se le vió nunca ir más allá de la copia de algunas frases más literarias que críticas, tomadas de aquella popular obra, con el objeto de comunicar a sus conceptos colorido y variedad, y aun para burlarse con equívocos de quienes le perseguían. Así se ve que en carta dirigida al general Santander, desde el Rosario de Cúcuta el 31 de julio de 1820, comentaba con gracia, y al mismo tiempo con amargura, los rumores que comenzaban a correr contra él: "Se habla de un manifiesto y de una plumada para voltearme. No se sabe el de la plumada quién es, yo sospecho que sea un antiguo amigo que tiene, como dice Voltaire, la hiel en el corazón y el vacío en la cabeza".

Si en vez de ser el sectario Arouet quien ideó esta frase efectista, hubiese sido San Agustín, también la cita de Bolívar habría honrado el nombre del excelso cayado de Hipona.

Ocurre que cada cual se empeña en hacer aparecer la figura mental del Libertador como más conviene al particular interés ideológico del comentarista. Hace años el erudito escritor venezolano José A. Cova, al dilucidar el zarandeado tema de las ideas religiosas del prócer, iniciaba su brillante exposición con epígrafe entresacado de carta dirigida al Mariscal Sucre en que improbaba el desarrollo de un plan estratégico adoptado por éste. Allí, en frase concisa, decía Bolívar: "De las cosas más seguras, la más segura es dudar". Tomado esto aisladamente por Cova, le sirvió de orientación para fijar el alcance del pensamiento del fundador de la república en materia de fe. Tal casuismo no puede acreditar tarea investi-

gadora alguna. Porque se aparta ostensiblemente de los fines históricos para entrar en el campo de las conjeturas ociosas. Si en cualquier circunstancia el ánimo del Libertador se mostró ajeno a la disquisición religiosa, fue en aquella en que se dirigió a Sucre para exponerle sus impresiones acerca de la actitud que las fuerzas militares americanas debían asumir frente a la sospechosa evolución de las tropas españolas.

Si obran con probidad, no derivan ningún provecho los que pugnan por dar una fisonomía volteriana a Bolívar, con solo mostrar la carta escrita en Cuenca el 26 de septiembre de 1822 y dirigida a Fernando Peñalver. Trátase de recursos políticos que califican mal la intervención de un pontifice, sin que entre ella y la referencia a la frase de Voltaire exista ninguna relación. He aquí el fragmento exacto: "Chile ha instalado ya su congreso, y Lima habrá hecho lo mismo; los gobiernos de estos dos Estados son realistas, y los pueblos republicanos; así es que hay una lucha cruel, y quién sabe si injusta por parte de los jefes. Iturbide ya sabrá usted que se hizo emperador; su imperio sería muy grande y muy dichoso porque sus derechos son legítimos, según Voltaire, por aquello que dice: el primero que fue rey fue un soldado feliz, aludiendo sin duda, al buen Nemrod. Mucho temo que las cuatro planchas cubiertas de carmesí, que llaman trono, cuesten más sangre que lágrimas, y den más inquietud que reposo".

Estas consideraciones eminentemente políticas, presentan a su autor como sujeto irreprochablemente demócrata; no como fanático enemigo de las instituciones cristianas. Las lecturas de Voltaire, cuando más le fueron útiles para destacar expresiones pintorescas que diesen vivacidad a sus puntos de vista apasionados por la causa republicana. Es evidente que por pueril jactancia, propia del siglo en que creció Bolívar, éste dragoneaba de conocer como pocos, la filosofía de los positivistas, ecléticos y racionalistas del siglo XVIII, como se advierte del siguiente pasaje tomado de carta dirigida al patriota general Santander, desde Arequipa el 20 de mayo de 1825: "Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error, pero puede ser que M. de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, Dalambert Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot, y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas, y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia, y gran parte de los ingleses".

El escritor español Salvador de Madariaga, contemporáneo nuestro, se obstina en negarle a Bolívar su disposición fervorosa a la lectura de los escritores y filósofos ingleses y franceses, cuando al comentar la carta de la referencia anterior, se atreve, con agresivo desenfado, a decir: "era de temperamento demasiado rápido, por vocación demasiado hombre de campo para haberse quemado las cejas con Locke o Hobbes, con Helvetio o con Rousseau. Voltaire sí; pero Voltaire se lee de un trago, como agua clara y fresca. Bolívar era, además, muy español, y como tal iba directamente a la naturaleza, en busca de ideas, sin guiarse de ningún otro cerebro que el suyo para procurárselas".

Tanto desvarió Madariaga exponiendo la desfavorable condición mental de nuestro héroe, que terminó asignándole la majestuosa calidad de

genio. Peor para el oficioso detractor. Con razón el propio Voltaire menospreciaba a historiadores insidiosos en su libro *El Siglo de Luis XIV*. He aquí la referencia textual para que la saboreen los que han gozado con las quisicosas del español de hoy que resuella a sus anchas por la estrecha herida de su resentimiento peninsular: “Desconfiemos, escribe Federico el Grande, refiriéndose a las historias de Carlos XII, del montón de falsedades y de absurdos de sus panegiristas o de sus críticos, y fijémosnos solo en los grandes hechos, únicos verdaderos en estas obras”.

El alarde erudito era propio de los hombres importantes de la época. El del Libertador solo demuestra que se afanaba por informarse de la revolución de ideas que le imprimía movimiento al mundo político y económico de comienzos del siglo XIX. Hoy mismo se advierte tendencia similar, y con más señalados caracteres hacia lo caótico y difuso. Descartes era tan aceptado entonces, como examinar hoy el estatismo de Bergson y el relativismo de Einstein. Sin que por ello hayamos de suponer el carro ideológico en el andurrial de las hipótesis impenetrables.

La prueba de que Bolívar moroseaba más saboreando las preciosidades literarias de Voltaire, que rumiando las ideas anticristianas de éste, aparece de relieve en aquella referencia al canto homérico que el poeta ecuatoriano don José Joaquín de Olmedo le dedicó a raíz de la estruendosa victoria de Junín. He aquí cómo se expresa en la famosa carta de El Cuzco dirigida al poeta el 13 de julio de 1825: “También me permitirá usted que le observe que este genio inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la reina Isabel, y ya usted sabe que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia, y sin embargo, no escapó de la crítica”.

El más generoso glorificador de Bolívar don Vicente Lecuna, decía, comentando la huella que pudiera dejar el ginebrino en la conciencia de aquél: “Según nuestra manera de ver, la supuesta influencia de Rousseau en las ideas de Bolívar, no fue profunda ni duradera. El lo leía como a Voltaire, o a cualquier otro autor de filosofía o de política”.

No hay duda de que Bolívar tuvo su atracción de enciclopedia volteriana. Fue la actividad bélica la que le obligó a abandonar su entrenamiento literario. Al pie de carta dirigida a Santander desde San Cristóbal en 1820, se lee una curiosa posdata de letra del edecán Diego Ibarra, cuyo tenor es: “P. D. Se acabaron Montesquieu y Voltaire, gracias a Dios, o por mejor decir, al viaje. En otra ocasión escribiré a usted, pues ahora estoy con calentura”. Esta furtiva constancia del secretario nos sugiere la debilidad de Bolívar por el socarrón enciclopedista, pero no compromete sus convicciones religiosas. Establece únicamente la manía lectora del insigne americano. Si el ascendiente filosófico del racionalista hubiera mellado las aristas tradicionales de Bolívar, ya lo hubiéramos descubierto en sus actuaciones políticas. Sin embargo, nos vemos precisados a reconocer lo contrario. Con mayor razón, si penetramos en la intimidad del substratum religioso suyo.

Puesto que esta afirmación ha de ir acompañada de hechos sensibles que la abonen, voy a indicar algunos que no pueden hallar la acomodada

interpretación de la intención política, sino la firmeza y buena fe de un credo religioso, puro, diáfano, opuesto a los propósitos heréticos de Voltaire.

En 1823 cuando aún no se había esbozado la campaña hostil a su programa de gobierno, escribió Bolívar a don José Rafael Arboleda, desde Guayaquil, una carta en que hacía patentes los riesgos de la propaganda filosófica por medio de libros que gozaron de mucho favor entre los espíritus fuertes de ese tiempo: "Todo el mundo sabe que la religión y la filosofía contienen a los hombres; la primera por la pena; la segunda por la esperanza y la persuasión. La religión tiene mil indulgencias con el malvado; la filosofía ofrece muchos sistemas encontrados que favorecen alternativamente los vicios: la una tiene leyes y tribunales estables; pero la otra no tiene más que profesores sin códigos y sin establecimientos fijos y autorizados por ninguna institución política".

Que su exaltación temperamental se pusiera a menudo en el camino de andarles duro a los clérigos realistas, nada arguye contra la integridad de su credo religioso. Ni supone influencia alguna del burlesco polígrafo francés sobre la fuente de sus arrebatos. Mejor sería explicarlos por su natural vehemente e impulsivo, que muchas veces se precipitaba en crisis de inconsciencia, según sus propias declaraciones. La blasfemia, que es la peor de las ofensas irrogadas a la Divinidad constituye una manifestación morbosa, común en espíritus timoratos y piadosos cuando llegan a perder el dominio íntimo por causas endógenas o exógenas. Empero, en honor de la verdad debemos aceptar que jamás se alcanzó noticia de que el Libertador incurriese en extremo semejante. Ciertas aseveraciones impregnadas de materialismo crudo y sin originalidad que alternan en el *Diario de Bucaramanga*, merecen el mismo crédito que otras del autor de la semipatrina histórica, inventada en parte para satisfacer venganzas contra elementos granadinos. Lo alarmante es que muchas de las apreciaciones sobre la personalidad religiosa de Bolívar se inspiran en anécdotas atribuidas a éste, y que ya habían sido referidas dos siglos antes, por Rabelais y por Quevedo. El señor Gil Fortoul es uno de los que se deciden por el influjo volteriano. Lo peor es que, ignorante ese historiador de los valores de la filosofía y de la teodicea, unas veces presenta al Libertador como panteísta, otras como ateo, algunas como deísta, y finalmente como materialista. Esta manera proclive de escribir la historia defrauda la verdad, falsifica el material humano y causa serio perjuicio a las tradiciones nacionales.

En mi somera investigación apenas topé con cierta constancia de dudosa religiosidad de Bolívar. Seriamente preocupado por el anuncio de una posible intervención de Francia contra la independencia americana, recomendó a Santander, desde Lima el 11 de marzo de 1825, abrir activa campaña de doctrina contra los principios positivistas y racionalistas de las escuelas oriundas de ese país. Del texto mismo se desprende que no fue sino la conveniencia política la que guió su mano e inflamó su corazón: "No se olvide usted hacer declarar una cruzada contra herejes y ateos franceses, destructores de sus sacerdotes, templos, imágenes, y cuanto hay de sagrado en el mundo. El obispo de Mérida y todos los fanáticos pueden servir en este caso en los templos, en los púlpitos y en las calles".

Pero si en arranque de probidad histórica, admitimos que el anterior concepto fue dictado en un arrebato de mal humor, como lo fue la prevención de expulsar al obispo de Arequipa si no publicaba una pastoral en que recomendase la adhesión de los fieles a la causa independiente, tenemos también que convenir en que Bolívar, en las horas de reposo declaraba con sinceridad inconfundible su convicción sobre la necesidad de secundar la acción de la Iglesia. No es presumible que al dirigirse familiar e íntimamente a su hermana doña María Antonia, desde Potosí, el 27 de octubre de 1825, para prometer que sostendría los intereses espirituales de la religión hasta su muerte, hubiese querido disfrazar sentimientos de intolerancia y de persecución. La correspondencia mantenida con su hermana rezuma por todas sus letras sencillez, lealtad y buena fe. No cabía en ella sino el episodio ingenuo y la expresión del pensar maduro, libre de compromisos políticos. Escribiéndola se transportaba a la estancia cálida de su hogar. Bajo el propio techo nadie instala el tinglado de la superchería para engañarse a sí mismo.

Muchas citas podría traer para contrarrestar la conjetura de los que han creído ver bajo la capa del Libertador un factor de desintegración religiosa. Y aún quedarían por referir las múltiples versiones que sobre su modesta y edificante piedad se conocen. Pero me abstengo de ello para concretarme a lo que permanece escrito de su propia mano. Ejemplo: la declaración hecha sin móvil aparente, al general Páez, en carta dirigida desde Bogotá el 30 de junio de 1828: "Mi plan es apoyar mis reformas sobre la sólida base de la religión, y acercarme, en cuanto sea compatible con nuestras circunstancias, a las leyes antiguas menos complicadas y más seguras y eficaces".

Además, sería absurdo pensar que un espíritu orgulloso que hubiese sentido de cerca la deletérea influencia de Voltaire, encabezase su voluntad testamentaria con la solemne confesión de vivir, haber vivido y querer morir como "católico fiel cristiano". La barata suposición de sus pa-negiristas de que protestando un amor al Dios de la cristiandad no hacía sino economizar un recuerdo triste a sus amigos y a su familia, es irreverente, necia y ridícula.